

Monumento a la madre

Ana Clavel



EN PRIMERA INSTANCIA, RECUERDO el monumento a la madre del parque de Sullivan, próximo al edificio donde viví de niña: una mole mexicanista, una suerte de Coatlicue de los años cuarenta, obra del escultor Luis Ortiz Monasterio, que representa en toscos bloques de piedra el peso de esa figura y ese nombre.

Por el contrario, si contemplo una foto de los años treinta donde mi madre es una grácil figura de escasos 17 años, no puedo evitar preguntarme por esa mirada suya cargada de nostalgia del porvenir con que observa hacia la cámara. Rodeada por sus amigas, frente al portal de su casa en Pinotepa Nacional, quizás sospechaba ese futuro trágico que la aguardaba a la vuelta de algunos años con un esposo muerto por un problema renal y tres hijos huérfanos a quienes debería mantener a pesar de su escasa educación de cuarto de primaria. Yo tenía tres años cuando mi padre murió, pero recuerdo que la niebla de duelo que provocó su partida se podía cortar a tajos. No exagero al afirmar que en los años cercanos a su muerte caímos todos, mi madre, mis hermanos y yo, en un marasmo de desolación. No escuchábamos música, no sonreíamos, casi no respirábamos en el pequeño departamento donde vivíamos en la colonia San Rafael de la ciudad de México.

Por terrible que pueda parecer a muchos, debo confesar que siempre deseé que fuera ella quien hubiera muerto y no mi padre, a quien idealicé como el caballero que habría de



rescatarme del sueño invernal en que la vida me había sumergido. Tal vez todo esto sospechaba mi madre en aquella mirada cargada de vaticinios: el abandono involuntario del esposo, la traición de la hija... La verdad es que ella hubiera preferido que yo fuera más dócil y convencional. Las cajeras del banco de los años sesenta, con sus trajes sastre y sus mascaradas coloridas, le parecían el *summum* de la elegancia. Así, deseaba que yo cursara una carrera comercial, me hiciera empleada de alguna institución bancaria, tuviera un esposo abogado o doctor, y varios hijos.

Hay dos momentos que en la memoria me hacen perdonarle que haya sido ella quien viviera en vez de mi padre: el primero, cuando tenía yo nueve años y me operaron los dedos meñiques de los pies por un problema congénito llamado, no quirúrgica sino químicamente, malformación en forma de garra. Ella me fue a visitar casi todos los días durante el largo mes en que permanecí recluida por un error burocrático en un hospital del ISSSTE pues mi padre había sido empleado del gobierno. Cuando por fin me dieron de alta y regresé a casa, no había zapato que me quedara con tantos

vendajes que debía usar hasta recuperarme. Debí de sentir una compasión extrema al verme caminar con los pies vendados y las toallas que improvisamos para que no tocara yo el suelo. Entonces optó por una maniobra desesperada: en vez de tomar un taxi, me cargó sobre sus hombros y me llevó por las varias calles que nos separaban del mercado de San Cosme para comprarme unas sandalias a la medida. Seguramente nos veíamos extrañas, una sobre la otra, pues yo no era ya tan pequeña como para ser llevada a cuestras y ella no era una mujer muy grande.

El segundo momento fue a raíz de que mi madre intentara ganar unos pesos extra acompañando a una amiga a la frontera para comprar “fayuca”, a fin de revenderla entre las empleadas del restaurante Kiko donde trabajaba de cajera. De uno de esos viajes, me trajo una muñeca casi de mi tamaño, con unos impresionantes ojos azules cristalizados que daban miedo. Para pasar la muñeca sin correr el riesgo de que se la quitaran en la aduana, la desarticuló de brazos y piernas. Después, cuando regresó a la ciudad de México, intentó rearmarla. Pero la muñeca nunca caminó bien del todo: daba pasos tambaleantes como una convaleciente que acabara de ser operada. Bien decía Octavio Paz en *Pasado en claro*, título revelador, por cierto, sobre su propia madre: “carta de amor con faltas de lenguaje”.

Sobra decir que mi madre y yo hemos tenido una relación filial difícil. También de su lado hubo traiciones, nunca fuimos cómplices. Su carácter débil y desorientado siempre me hizo saber que no deseaba ser como ella. Cuando descubrí los libros a la edad de once años y mi vida se transformó en otra vida y comencé a viajar a otros mundos y transitar a otras vidas, no pudo acompañarme en esa travesía debido a que nunca le gustó leer. Siendo yo una adolescente de catorce años, una noche escuché el llamado de la sombra: una voz me dijo entre sueños un texto en un tono tan literario y poderoso que me tuve que levantar a escribirlo. Por supuesto, no se lo mostré ni a mi madre ni a mis hermanos y a partir de entonces comencé a llevar una

vida secreta. La distancia entre nuestros mundos siguió ensanchándose. Desde hace ya algunos años, aunque siente un ligero orgullo cuando algún desconocido, al escuchar el apellido Clavel, le pregunta si es familiar de la escritora, lo cierto es que no me ha leído ni entiendo mucho mi carácter ni mis obsesiones. Supongo que el mayor regalo que pude hacerle, contra todo pronóstico de mi parte, fue haberme convertido yo misma en madre. Digo “contra todo pronóstico” respecto a lo que yo concebía como mi naturaleza y mis pasiones, pues en realidad, como he ido descubriendo con el paso del tiempo: aquello que apenas sospechamos de nosotros mismos es lo que mejor nos define. O más precisamente en palabras de Valéry en *Monsieur Teste*: “Es lo que llevo de desconocido en mí, lo que me hace ser yo”.

Ahora que ella —la nombro por fin ahora: Paula María del Carmen— acaba de cumplir 87 años y la miro envejecer alejada ya para siempre de los sueños que no pudo realizar, me pregunto cómo será para mí vivir sin el peso de su presencia. Despertarme un día y



saber que no habrá momento de reconciliación posible. Cargar la urdimbre de su sombra como cuando un día que habíamos peleado me dijo amenazante: “Lo vas a pagar con tu hijo...” Y claro, como tantas veces, sus palabras han sido premonitorias. ▀▀

In memoriam

Casa del tiempo lamenta el sensible fallecimiento de su amigo y colaborador **Guillermo Fernández**, poeta y traductor, miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Fotografía: cortesía Guillermo Zapata



El reino de los ojos

Salgo del sueño meridiano
Arrastro los andrajos
que momentos antes
eran el manto del verano

Y yo vuelvo a perderte
a la mitad del día

Si abro los ojos te me escapás
y esta luz bárbara

oculta cuervos
bajo la lápida
enmohecida de la sábana

En vano cantarán
los pájaros de agosto
en las ventanas de este reino.

En *Casa del Tiempo*, agosto de 1982.